

Capítulo 9: El Circo

Algo olía mal en aquel apartado rincón de la ciudad. Demasiados insectos se concentraban en la oscura parcela de terreno a la que acababan de acceder, tratándose de una noche relativamente fría de principios de verano. Al llegar allí, la temperatura había ascendido y La Bestia notó que un olor a azufre reinaba en el desamparado erial donde, en otros tiempos, había habido algún tipo de construcción. Montones de cucarachas, arañas y escolopendras se movían por la tierra como huyendo de algo o acercándose a algo. El tzimisce estaba incómodo, intranquilo, aquello no era normal. Más, por suerte para él, su condición de cainita errante le mantenía siempre en un estado parecido y estaba ya bastante acostumbrado a estar alejado de su tierra.

-No lo entiendo – Dijo Lágrimas contrariado. – Se suponía que ese maldito enano tendría que estar aquí.

El pierrot circense, que se había ofrecido a llevar al voivoda a ver a su ductus, le había dicho que, antes de llegar, tenía que resolver un encargo que Zarnovich le había pedido al otro miembro de su manada, un enano deforme llamado Midget. Al parecer, el enano debía encontrarse con él en un local del centro. Pero cuando llegaron allí, le había dejado una nota diciéndole que le esperaría en aquel descampado, adyacente a las viejas construcciones del estadio olímpico.

-A lio miejorrr no esstamosss en el liugarrr indiquiado. – Dijo La Bestia, deseando abandonar aquel sitio infecto.

-No. Es aquí, seguro. Las señas son claras. O ese estúpido psicópata demente me está gastando una broma o me temo que podríamos tener un nuevo caso de desaparición.

-La Arciobispo nosss habló de quie errran comunesss aquí.

-Demasiado. – Respondió Lágrimas, aparentemente afectado - Y este último año, se han cebado con el circo, por alguna extraña razón. Teníamos un forzudo, Goliath, era un brujah agradable. Y una gitana que leía la buena ventura..., pero, ¿qué...? –

En aquel momento, unas cuantas luces se encendieron delante de ellos, cegándoles por

completo y el ruido de múltiples motores comenzó a rugir de forma atronadora. La Bestia reconoció el sonido de las motocicletas, acostumbrado a las de su manada, por lo que rápidamente pudo suponer de qué se trataba. En pocos segundos, una nutrida banda de moteros comenzó girar en torno a las dos figuras aisladas en medio de aquel lugar alejado de cualquier observador curioso, formando una polvareda considerable. El voivoda, lo primero que hizo fue amplificar sus capacidades sensoriales, tratando de discernir si, entre aquella jauría de delincuentes, existía algún verdadero depredador. Un vástago o criatura no humana. Si sólo eran una banda de mortales jugando a dar un susto, se iban a encontrar con la horma de su zapato.

Pese al ensordecedor ruido que producían las motocicletas, el viejo tzmisce, pudo escuchar que el Pierrot, con cara preocupada, intentaba decirle algo que no entendió, en un idioma que sonaba a francés. Abstrayéndose de las luces y el sonido que aturdirían a cualquier persona normal, había detectado, al menos, dos cainitas entre las auras de los pandilleros y sus instintos empezaban a tomar el control. El rojo y la furia afloraban, mientras su carne y sus huesos cedían a la transformación. Su guardapolvos y el sombrero de copa habían caído al suelo y las púas y protuberancias óseas habían desgarrado, como siempre, el resto de la ropa. Ya no habría miedo, ya no habría dudas. Si iban a combatir, sería hasta el final.

Pero aquella demostración de poder y desafío pareció tener un efecto disuasorio. Algunos de los pandilleros fueron abandonando la formación y alejándose hasta que solo quedaron tres que, disminuyendo la velocidad, acabaron deteniéndose frente a ellos, con sus vehículos en escorzo. Pese a las luces que los cegaban en la oscuridad de la noche, La Bestia pudo distinguir a dos féminas vampiras vestidas al estilo moderno de los pandilleros, apenas distinguibles, en su opinión, de los pandilleros varones. Y un cainita de cabeza afeitada que irradiaba un aura oscura verdaderamente espeluznante. Su porte era descarado, sus brazos, poderosos bajo el chaleco de cuero negro. Por un momento, habría jurado que las gafas y los tatuajes que se dibujaban en su cara y la calva, se habían transformado en un rostro de otro mundo, pero lo achacó al deslumbramiento provocado por utilizar sus sentidos aguzados en aquella situación.

- ¿Qué pasa Bellemare? ¿Hay algún problema? – Dijo el Pierrot titubeante, en un aparente arrebatado de valor. – Un viejo amigo de Zarnovich – continuó recalcando la palabra viejo – ha venido a hacerle una visita y el maestro está esperándolo. Si no llegamos pronto, enviará a sus sirvientes.

-No era mi intención asustarte, payasito. – Soltó el tal Bellemare. Su voz era profunda y potente, con un aire descaradamente cínico. – Me pareció que te habías perdido y pretendía alumbrarte un poco el camino. Jujujuju. – Su risa era bastante siniestra, incluso para tratarse de un pandillero del Sabbat. Apenas reparó un segundo en el voivoda antes de dirigirse de nuevo al circense. – Saluda a tu patrón de mi parte. – Y alargó su brazo hacia él, con la mano formando una pistola, lo que resultó muy vistoso ya que, en el dorso, tenía tatuado un revolver Colt, que le llegaba hasta la muñeca. Hizo el gesto de disparar diciendo – ¡Bum!, ya nos veremos. – Arrancaron y las customs se alejaron de allí rápidamente, dejando una nueva polvareda a su alrededor que tardó unos minutos en disiparse.

La bestia, aunque lamentó el gasto de sangre y energía que le había supuesto la transformación, teniendo en cuenta que finalmente no había llegado a combatir, se sintió igualmente complacido y reforzado con lo que él estaba seguro que acababa de conseguir: ahuyentar a unos rivales potencialmente peligrosos, o por lo menos, quitarles las ganas de buscarles problemas: - No crieo qui estufierran aquí porrr cassualidad.

-No sé, no sería tan extraño. No estamos lejos de su territorio. Y Pierre Bellemare y los Huérfanos gustan de usar el miedo y la violencia como método de relacionarse habitual. – Lágrimas parecía agradecido de continuar de una pieza, pero no le pareció sospechoso el hecho de que aquellos pandilleros hubieran aparecido precisamente en aquel momento y lugar.

- ¿Y el eniano? – Preguntó el tzimisce, testarudo.

-Ese bastardo malkavian habrá tenido un brote sicótico. No sería la primera vez. – Zanjó – Vayamos a ver al viejo, seguro que Midget aparece tarde o temprano. Las ratas más molestas son las que nunca mueren...

Durante el camino hacia La Ronde, el antiguo parque de atracciones de la ciudad donde se escondían los integrantes del circo, La Bestia siguió haciendo elucubraciones a cerca de aquel extraño encuentro. Algo que había podido ver en las auras de aquellos cainitas fanfarrones le estaba escamando. Podría ser que fueran diabolistas reincidentes o que simplemente, hubieran perdido el rumbo de su senda de iluminación, degenerando en simples seres depravados a punto de perder el control y abandonarse a la bestia interior y la locura. Pero por lo que pudo averiguar preguntando a Lágrimas, se trataba de una cofradía asentada en la

ciudad que seguía plenamente en activo. Lo más característico de ellos, era su carácter bronquista, su indisciplina y su apoyo descarado al nuevo candidato a la archidiócesis, Ezequiel.

El pierrot le aseguró que, aunque Bellemare podía ser pendenciero y peligroso, era solo un matón brujah antitribu y siempre iba de cara. Hacía unos años, sin ir más lejos, se había enfrentado con el ductus de las Reinas de la Misericordia, Sebastian Goulet – al que La Bestia recordaba de la noche previa- por quitarle el derecho a una diablerie, tras un asalto rápido que se hizo en Ottawa. Desde entonces, se las había arreglado para batirse en sendas monomacias con dos miembros de su cofradía, enviándolos a la muerte definitiva como venganza.

Cuando el tzimisce argumentó que a lo mejor podría estar siguiendo las directrices de alguien más, lo descartó, explicando que no imaginaba al líder de los Huérfanos aceptando órdenes ni del mismísimo regente del Sabbat.

Casi media hora más tarde, cruzaron el puente que comunicaba la isla de principal de Montreal con la de Santa Helena y alcanzaron las inmediaciones del parque. Aquella otra isla era famosa también por haber albergado en el 67 la Expo universal de la ciudad. Y prueba de ello era una gran esfera blanca de 76 metros de alto que podía verse desde la lejanía y que dejaba las norias y atracciones empequeñecidas a su lado.

Por lo que Lágrimas le había contado al voivoda, normalmente, su manada no residía en la ciudad a esas alturas del año, cuando el parque de atracciones abría todos los días. Si no que solían estar de gira por Canadá y Nueva Inglaterra durante toda la temporada estival. Aquel año, la merma de los integrantes del circo había hecho que su partida se retrasara hasta tal punto, que posiblemente no fuera a producirse. No era fácil encontrar cainitas dispuestos a disfrutar de los placeres de la no vida circense, le dijo, a lo que el tzimisce de Silver Rockets le contestó que él conocía a uno que seguro que estaría dispuesto. Si se trataba de disfrutar de algo, su cofrade Lupus no lo dudaría ni un segundo.

Como el parque tenía mucha actividad diurna, Majiez Zarnovich y todo su elenco, se habían establecido entre las antiguas máquinas abandonadas de la zona más vieja, donde unas cuantas carpas en desuso y algunas atracciones olvidadas les servían de refugio a la manada y a sus sirvientes.

El voivoda transilvano, pudo comprobar entonces que Lágrimas no había mentido cuando les dijo a los pandilleros que tenían sirvientes. Aquellos en particular, pertenecían a una de las familias de aparecidos: nombre que se les daba a un tipo de ghouls que, aunque nacían mortales, lo hacían en familias que habían servido a cainitas durante generaciones y, por tanto, habían bebido la vitae de sus maestros durante todo ese tiempo. Estaban tan vinculados al mundo de sus amos, que ya no tenían sitio en el mundo mortal sino para servir como intermediarios y vigilantes. Recibían su pago en sangre y favores y respondían con fidelidad absoluta. Esa era la razón por la cual, estos mortales no eran tan despreciados como el resto por las huestes de la secta. Pese a todo, eran más comúnmente utilizados por Tzimisce o Lasombra que por el resto de cainitas sabbat. En este caso, se trataba de una de las familias más antiguas y exiguas que quedaban, los Bratovich.

Bestia conocía a los Bratovitch de su viejo pasado en Transilvania y eran muy de su agrado. A diferencia de las otras familias, ellos eran más parecidos a los cainitas que a los mortales, tanto en sus filosofías de vida y costumbres, como en su aspecto de cazadores y acechadores. Además, eran muy buenos amaestrando perros de presa y todo tipo de animales de tiro y monta. Por lo que su valor como guardianes y administradores diurnos del dominio era incalculable. Eran fieles sirvientes de otra época y, como pudo comprobar el voivoda con satisfacción, nada más con un vistazo, lo seguían siendo en los tiempos que corrían.

El pierrot condujo al tzimisce directamente a una carpa decolorada y algo raída, en aparente desuso, que, sin embargo, poseía innumerables objetos hacinados en su interior. El olor a cloroformo y formaldehído reinaba en el ambiente y el polvo acumulado y las múltiples telarañas hacían pensar a La Bestia que su viejo camarada no se preocupaba mucho por la limpieza. Es más, seguramente, tampoco dejaba que ninguno de sus sirvientes tocara sus pertenencias para poner algo de orden.

Una música de violines, antigua, posiblemente de Strauss o Tchaikovsky, sonaba desde un gastado gramófono instalado sobre una pila de viejos libros. Cuando le vio, allí de pie, casi completamente quieto, mirando al infinito, con aquella cara desvaída, hueca e inexpresiva, por un momento pensó que se trataba de un muñeco. Una reproducción de cera de las que alguna vez había podido encontrar durante sus viajes, en insulsos museos de carretera. Su monstruosidad, con aquellos girones de piel sobre su huesuda testa, le pareció a Bestia majestuosa, sublime, encantadora. Posiblemente, era lo más aterrador y a la vez bello que habían experimentado sus sentidos desde hacía mucho tiempo. El voivoda quedó embelesado

en el acto por su congénere.

-Maestro Zarnovich – El pierrot logró sacar al tzimisce de su aparente letargo. – El enano no ha aparecido.

Enfundado en negro, con una camisa abierta hasta la cintura, el cainita de la vieja Europa se giró hacia su cofrade, pero no le miró directamente, si no que paseó sus ojos con curiosidad por la figura del otro vampiro que había aparecido junto a él.

-Aahg, ese canalla perrezoso y gandul. Le dije que tuviera listos nuevos recipientes para el ensayo. Si no termino con mis experimentos, nunca podremos montar un espectáculo digno de ver. Perro, ¿a quién me has traído?

-Señor Zarnovich – dijo La Bestia educado, con una profunda reverencia.

-Doctor Zarnovich, si no le importa – Pese a la corrección, su actitud era cordial y agradecida por la deferencia – ¿Y vos sois...? – el acento del voivoda circense le hizo pensar a Bestia que, aunque europeo, no era transilvano, sino de origen más austrohúngaro.

-La Bestia es mi nombre. El Sabbat y mi sirre me bautizaron con él hace ya siglos en la antigua transilvania y he olvidado cómo me llamaba en mi insignificante vida mortal.

- ¿He de entender entonces que sois miembro del clan Tzimisce, como yo mismo?

-Orgullosa y reafirmada. Seguidora además de la horrible Senda de Caín, nuestro padre.
– Bestia se estiró cuán alto era con aquella descripción y su sombrero de copa tocó un farolillo que colgaba del techo.

-Yo en cambio soy más inclinado hacia otros aspectos de la vida y la muerte. Puedes retirarte, mein Freund. – Dijo, dirigiéndose a Lágrimas – ¡Espera!, Por si acaso, envía a los chicos a buscarle, cuando vuelva ese condenado Malkavian va a saber lo que le espera. – Y, volviendo a mirar a La Bestia, continuó. - Perro, ¿qué le trae por aquí a un voivoda de la vieja tierra?

La Bestia estuvo más de media hora contándole a Zarnovich cómo su periplo histórico le había

llevado hasta Méjico y cómo había acabado en la manada a la que ahora pertenecía. Cómo había permanecido más de un siglo en letargo en Europa tras las revueltas y que tuvo que emigrar sólo y apenas con lo puesto – y su tierra en los bolsillos – al nuevo continente en un barco mercante metido en una caja y habitar una cueva en un desierto durante décadas, por no adaptarse a los tiempos y las nuevas costumbres. No dio demasiados detalles, porque siempre había sido un ser precavido, pero soltó bastante su lengua debido a la afabilidad y confianza que le transmitía su congénere tzimisce.

El voivoda circense, por su parte, también le contó algunas buenas historias de su pasado: Su nacimiento en Polonia y su juventud en Alemania dedicada a la medicina y la búsqueda de una cura para la muerte. También le habló de su paso por la cárcel, debido a los resultados de algunos de sus experimentos y cómo allí conoció a un artista circense, cuya devoción le había dejado marcado para siempre. De su experiencia posterior como practicante cirujano que le llevó a conocer a su sire y a su abrazo. Y confesó, que Aquello para él no fue solo una metamorfosis, sino también el descubrimiento final de lo que había estado investigando toda su vida. Una cura, imperfecta, pero una cura, al fin y al cabo.

Más la catarsis que le produjo el descubrir que cualquier persona podía ser curada de aquella forma, le inspiró una nueva filosofía de no vida. Pronto descubrió la banalidad de la existencia mortal y la importancia de seguir investigando hasta dónde llegaba la creación. Buscó ávidamente en los libros durante años, pero en seguida halló su vocación en la experimentación real y empírica. Por aquellos entonces, le contó, encontró su vieja pasión por el espectáculo perfectamente compatible, tanto con su tarea experimental como con sus ideas políticas contrarias a la mascarada y a las pusilánimes marionetas de la camarilla. Los mortales debían ser sublimados.

Y así fundó su circo itinerante en 1826. Junto a sus sirvientes Bratovitch, el voivoda fue reuniendo a una colección de cainitas de los más auténticos y bizarros que se podían encontrar en Europa y fueron sembrando el terror y, a su entender, abriendo las mentes de toda aquella gente encerrada en su mentira vital. Una vez los espectadores, eran iluminados y ascendidos a las más altas cotas de la verdad de la naturaleza del mundo durante el espectáculo, se los devolvía después a sus hogares para que expandieran el mensaje por las ciudades por las que pasaban.

-Fue una parte de mí no vida que siempre recorrdarré – dijo el voivoda con aire evocador – Lo

que yo llamaría mi verdadera juventud. – Perro aquel Justicar tuvo que inmiscuirse y destruir a todas mis maravillas. Los amaba a todos y cada uno. Erran mis amigos, mis adorados, mis hijos. Nunca podré perdonar aquella afrenta. Si volviera a verlo ahora...

-Si era un Justicar, sería muy poderoso, imagino. – Intentó consolarle La Bestia.

-Sólo yo escape y de milagro. Tuve que huir. Venir aquí a Montreal. Escondí la cabeza como una avestruz. No sólo era antiguo ese Adgins, tenía además poderosos aliados, arcones y alastores que nos dieron caza como a animales. – Zarnovich denotaba verdadera rabia cuando lo contaba. Su rostro, se contraía con espasmos periódicos. – Perro dejemos el pasado, deprimente. – Al fin pareció relajarse - ¿Qué es lo que verdaderamente le ha traído a Montreal?

- ¿Ha oído sus señoría historias sobre la inquisición y el infernalismo por estos lares?

-Mmmm. ¿Sois vos un caballero inquisidor? – dijo entornando sus pequeños ojos.

-Nah. No conozco a ninguno y no sabría si son de fiar. Me mueve un interés propio. No me gustan los cainitas que desiden servir a otra causa que no sea la de nuestro padre. Y me han dicho que en esta ciudad, existen extrañas desapariciones y en el pasado se quemó a guante por prácticas desleales. Ni que decir tiene que no desconfío de su señoría. – Lo último, lo soltó como una concesión para intentar un acercamiento de camaradería y para tantear el terreno, aunque La Bestia era consciente de que el aspecto social, no era su fuerte precisamente y no sabía qué tal resultaría.

-En realidad, si tengo que darle un consejo, maldita Bestia, es que no se fíe ni de su propia sombra. Yo mismo he estado investigando demasiado y quizás por culpa de ello, ahora mi cofradía se ha visto en peligro y con ello el circo. –

El voivoda polaco, aparentemente había decidido darle su confianza. Entonces pasó a relatarle que, aunque él no había estado en la ciudad durante el juicio y posterior ejecución de Sangris, tiempo después de que todo acabara y nombraran un nuevo arzobispo, unos caballeros inquisidores llegaron a la ciudad en secreto, de lo cual él se enteró porque, uno de ellos, un ravnos antitribu llamada Elisa Karini, ingresó en las filas del circo como tapadera. Y aunque ella no reveló su verdadera identidad, Zarnovich, a través de sus 'espías', la descubrió. No le habría

investigado de no ser porque en seguida empezó a faltar mucho por allí. La cainita, al parecer, tenía reuniones periódicas con un nosferatu antitribu, que también pertenecía a la organización inquisitorial, en las que hablaban de 'lo que quedaba por esclarecer', pero pasaron meses sin que su investigación avanzara y los encuentros comenzaron a alejarse en el tiempo.

Más tarde, Zarnovich, también descubrió que Karini, siguiendo alguna pista o, más posiblemente, aburrida de no encontrar nada, empezó a visitar a las Viudas con asiduidad. Algo que hacían muchos Sabbat dentro y fuera de la ciudad dados a gustos 'especiales' que el tzimisce circense no compartía. Cuando el circo partió de gira ese año, la inquisidora le dijo al voivoda que se encontraba en un momento complicado y que no viajaría con ellos. Él, la ofreció su apoyo y ayuda en lo que necesitase y se despidió como si no supiera nada.

Nunca más volvió a saber de ella ni del nosferatu antitribu. A la vuelta de la gira, estuvo un tiempo buscándola, tanto con sus 'espías', como después, preguntando él mismo en persona a diferentes vástagos por toda la ciudad. Al principio, pensó que habrían terminado su misión y se habrían ido en secreto, igual que llegaron. Pero fue entonces, cuando algunas de sus fuentes le revelaron cierta información bastante intrigante. Al parecer, Karini, tiempo después de la partida del circo, estuvo preguntando a varias cofradías si habían visto a un nosferatu antitribu nómada, que coincidía con la descripción que el tzimisce conocía, lo cual, le hacía pensar que no se fueron juntos. Además, también descubrió, por aquel entonces, que hacía muchos años, había habido unas cuantas desapariciones en la ciudad, que habían sido relacionadas directamente con la manada de las Viudas. La Rosa y sus hermanas, habían sido acusadas varias veces en la historia de Montreal, de haber hecho 'desaparecer' a algunos cainitas incautos o de haberlos llevado a un estado mental de autodestrucción. Pero muchas de esas habladurías solo eran mitos y propaganda, a veces distribuida por ellas mismas, en su juego de atracción y seducción hacia el peligro.

De hecho, tras ir él mismo a ver que averiguaba, conoció a una de las Viudas, Jade la Cremosa y entabló una buena relación con ella. Pese a no tener sus gustos en cuanto al disfrute de los placeres que ella ofrecía, sí que conectaron en el gusto por la manipulación y la creación de seres 'diferentes', y desde entonces, ella le había estado ayudando en varios de sus experimentos.

-Poco después de haberr descarrtado a las Viudas, hubo algunas otrras desaparrisiones y

empecé a tomarme más en serio mi investigación. Con mis experimentos, logré mejorar a mis criaturas y dotarlas con mayores capacidades sensoriales...

-Un momento, cuando hablabais de espías, pensé que os referíais a los Briatovitch. -
Le interrumpió Bestia intrigado.

-Ah, no, maese Bestia, Ellos son fieles y aplicados y sirven para muchas cosas. Pero en cuanto al espionaje, para eso tengo a mis criaturas, mis creaciones más apreciadas. Cruces de infantes mortales y animalitos, que son capaces de colarse en cualquier sitio sin llamar la atención. Mediante la refinación de mi arte, he conseguido que desarrollen, además, poderes vampíricos para observar sin ser vistos. Más tarde, si queréis, podría enseñároslos.

El voivoda transilvano estaba entusiasmado con la idea, nunca había experimentado con sus habilidades de alteración corporal, más allá de las técnicas básicas que le habían enseñado en sus primeros años como cainita. Pero no podía dejar de pensar que esa herramienta, podría ser usada de formas muy perversas: -Vaya, entonces habréis podido averiguar muchos secretos sin duda.

-En realidad, no tantos, ni tan relevantes como se podría pensar en un principio. Esta ciudad está llena de obstáculos y límites insospechados. Hay poderes y magias singulares en sitios aparentemente aleatorios. Muchas de mis pequeñas, se evaporan sin dejar rastro siguiendo los túneles del suburbano o adentrándose en sus más recónditos rincones. He averiguado secretos que ni se imaginaría, aunque nada que explique las desapariciones y los fracasos en los ritos de creación que se realizan bajo la cruz de Mount Royal. Pero lo que me temo es que los misterios ocultos de Montreal no se deban a las intrigas de ningún cainita, hombre lobo, mortal o casador. He empezado a pensar que un poder oculto, proveniente de alguna entidad ultraterrena, nos acecha desde algún lugar bajo esta tierra.

- ¡Kupala! ... – Dijo el Silver Rocket, de pronto - Recuerdo a mi sirre habiéndome de un ser de esas características. – continuó, mirando al infinito, como evocando el pasado. ¿Podría ser que el voivoda polaco estuviera usando la vieja leyenda como cortina de humo para ocultar algún retorcido plan? A Bestia le costaba creerlo. Aquel cainita le había conquistado sobremanera, sin necesidad de ningún vínculo ni volderie.

-Sí, yo también he oído hablar del demonio transilvano. No sé si se tratará de algo

semejante. Lo que intuyo, es que sea lo que sea, controla a otras criaturas como yo hago con mis pequeñas y nos está vigilando. Seguramente habrá un culto o servidores que le adoran, pero no he sido capaz de darme con él. – Zarnovich, continuamente se lamía las puntas de los dedos, en un acto compulsivo que lo hacía parecer más inhumano todavía – No tengo los medios adecuados.

- ¿Conocisteis al cainita de los Pastores llamado algo así como shu o zu? – Probó el transilvano. Parecía que era el momento idóneo para soltar la pista que podría encajar algunas piezas.

- Zhou, si no me equivoco. Sí. Lo cierto es que los Pastores de Caín nunca me han tenido entre sus seres más afines y allegados. Son Cainitas, a mi modo de ver, elitistas en cuanto al trato personal y muy herméticos en sus costumbres. La manera más fácil de acercarse a ellos es aceptando y adoptando sus creencias y sus cultos, la religión es algo que a mí nunca me ha atraído en lo más mínimo. Mis dos vocaciones son la experimentación y el espectáculo. Pero, por supuesto, tengo mis fuentes y sé algunas cosas de sus señorías.

-Mas, precisamente, Zhou, - continuó, volviéndose a lamer las puntas de los dedos - es alguien del que prácticamente no tengo nada. Siempre me ha resultado enigmático ese oriental. Le he visto moverse por toda la ciudad caóticamente, realizando extrañas pintadas, cuadros y rituales o simplemente observando una pared. Si no perteneciese a la cofradía que pertenece, habría sido uno de mis principales candidatos de pertenecer a un culto infernalista. ¿Sospecháis acaso de él, maese Bestia? Hace tiempo que no le veo, por cierto.

-Sé, por una fuente bastante fiable, que Zhou también ha desaparecido y que él mismo investigaba los misterios de los que hablamos - Le indicó Bestia.

-Hummm. Es extraño. Según mis informantes, los pastores oficialmente dan por cerrado el caso Sangre. Aunque es cierto que nunca han aportado mucha información al respecto en reuniones más allá de los círculos de la inquisición o de altos cargos de la secta. Me pregunto...

En ese momento, se oyó un pequeño revuelo fuera de la carpa y un criado Bratovitch asomó cauteloso por la puerta: - Maestro Zarnovich. – dijo en voz queda.

- ¿Qué diablos pasa?, sabéis que no me gusta que me interrumpen cuando estoy reunido. – Al tizimisce se le veía bastante molesto por haber perdido el hilo de la conversación.

-Stephanie ha...- mientras el sirviente hablaba, fue interrumpido y apartado bruscamente.

- ¿Tanta insistencia en que viniera y ahora resulta que no me esperabas?

La cainita que entró a la carpa era una obra de arte en movimiento. Un arte conceptual, casi abstracto, descabellado en términos normales, pero de un gusto sublime, de acuerdo con los cánones del voivoda transilvano. Incluso la tradicional vara de medir de La Bestia, no podía sino inclinarse ante semejante demostración de monstruosidad y alienismo. Todo su cuerpo, además de estar claramente alterado en sus formas y proporciones mediante el viejo arte de la vicisitud, había sido esculpido insertando fragmentos metálicos en extremidades y articulaciones y algunas zonas del rostro y las manos. La boca y los ojos, apenas eran hendiduras sin forma, ventanas a un ser, que distaba mucho de su pasada humanidad.

-Stephanie, ¡Qué agradable sorpresa! Lo que pasa es que te pedí que vinierras hace dos semanas. - Zarnovich, mostraba una actitud paternal y consentidora hacia aquella repentina intrusa.

-He estado ocupada. Ya sabes. Tengo mis prioridades. - Le respondió, ella sin tapujos. Se acercó a ellos despacio, echando un vistazo a su alrededor, quizás intentando averiguar si algo había cambiado en aquel desordenado cubil.

-Clarro, claro. Cualquierr cosa antes que ayudarr a tu viejo sire con su ttrabajo y sus experrimentos. - Aquello le hizo entender algunas cosas al Silver Rocket, que no quitaba los ojos de encima a la recién llegada.

-Deja de lloriquear como un perro abandonado. Aquí estoy, ¿No? ¿Y este quién es? - Su actitud era desafiante y descarada.

-Oh, perrdonad mi descorrtesía, Maese Bestia, esta es mi chiquilla: Stephanie l'Heureux. Stephanie, deberrías ttratarr con algo más de deferrensia a un viejo voivoda de los Cárrpatos. La Bestia está de visita en la ciudad.

-Sabes perfectamente que los títulos y la sangre no son motivo de mi admiración, viejo, pero me intriga su nombre, señor Bestia. – Ahora era ella la que lo miraba con el rostro ligeramente inclinado hacia un lado.

-Fui bautizado a la manera tradicional Sabbath y me fue otorgado por miss Liogross en el rito del abrazo. En una época en que los ritos eran contemplados y respetados de verdad. Lo llevo con orgullo.

-Los viejos ritos ¿eh? – Se acercó más.

La Bestia entonces, viéndola interesada, le contó cómo habían sido aquellos antiguos procesos de conversión vampírica, en los que la humanidad era desgarrada y separada del alma del sujeto para siempre de las formas más crueles imaginables y que, la manera en que uno las superase, si es que lo conseguía, era tomada como motivo para elegir el nuevo nombre que portaría en su nueva condición de existencia. Aquella historia pareció agrandar a la chiquilla de Zarnovich, que, sentándose a su lado, comenzó a congeniar con él, pidiéndole más detalles de su vida.

El Maestro circense, que ya había escuchado poco antes, aquellos relatos, les interrumpió un momento para anunciar que iría a prepararlo todo para el ensayo. Como Bestia pudo saber poco después, lo que Zarnovich le había pedido a su chiquilla, era que le ayudara a realizar un ensayo general para un espectáculo especial que estaba preparando.

Pese a que ella ya no pertenecía a la manada del circo y lideraba desde hace años la suya propia, con aspiraciones y actividades completamente diferentes, su relación con su sire y su pasado como integrante del elenco artístico, hacían que el tizimisce polaco hubiese requerido de sus habilidades en aquel momento de crisis.

Stephanie, le contó a Bestia que era la líder y cofundadora de la manada de los Desgraciados, cainitas empeñados en descubrir la verdadera naturaleza vampírica. En alejarse lo más posible de su anterior condición de mortales, por considerarlo un paso anterior en la evolución, y conseguir alcanzar el paso siguiente lo más rápido posible. Había desarrollado incluso un ritual taumáturgico llamado el Crisol, para la transformación del cuerpo, con el que bautizaban a los miembros que se unían a su manada. La metamorfosis de su alma, era la búsqueda personal que luego cada uno debía realizar para alcanzar el siguiente paso en la evolución.

Estando en medio de aquella conversación, fueron nuevamente interrumpidos por Lágrimas, que les comentó que ya había aparecido Midget. Por lo visto, el enano deforme había sido encontrado por Pierre Bellemare y los Huérfanos, montando un buen jaleo con el rebaño en su territorio. Al parecer, efectivamente, el malkavian antitribu, había sufrido un nuevo brote sicótico descontrolado, lo que explicaría su desaparición.

La Bestia, aprovechando la coyuntura, le preguntó a Stephanie por Bellemare. El voivoda transilvano seguía algo preocupado con la escena que había sufrido al principio de aquella noche. Pero la chiquilla de Zarnovich lo tranquilizó bastante al respecto, diciéndole que el líder de Les Orphelins, pese a ser un bravucón y un bocazas, era un Sabbat de los buenos. Sus acciones y su fidelidad a la secta estaban por encima de lo que sus formas pudieran aparentar. De hecho, sus dos manadas estaban hermanadas y apoyaban el nuevo orden de gobierno que pronto dominaría en Montreal: el Obispo Ezequiel, sería el futuro Arzobispo de la ciudad, le dijo y la secta entonces, también alcanzaría un nuevo paso en su evolución.

La guinda del pastel de aquella maravillosa noche fue cuando Zarnovich invitó a su congénere transilvano a presenciar el ensayo general del espectáculo que estaban preparando. La Bestia se sentó en una butaca de una carpa gigante que los Bratovitch se habían encargado de levantar durante su estancia en la otra más pequeña del tzmisce polaco. Fue invitado a alimentarse de un par de jóvenes mortales despistados a los que sentaron junto a él y que creían que iban a ver una nueva y secreta actuación del Circo del Sol – Un espectáculo creado allí, en los grandes lagos, que ahora estaba muy de moda entre los mortales. Según Zarnovich, lo habría ideado uno de los pocos supervivientes a su función, un acordeonista al que premió con unos pocos años más de vida insulsa, borrándole sólo algunos de sus recuerdos más comprometedores, para que quedase medianamente cuerdo -.

Tras una inigualable introducción del Maestro, en la que pudo apreciar la enorme habilidad de su nuevo amigo como comunicador y transmisor de pasiones, siguió la actuación de Lágrimas, que le pareció bastante sorprendente. El Pierrot, se transformó por completo y presentó una escena inquietante y desgarradora en la que el voivoda apenas reconoció al cainita que había estado con él unas horas antes recorriendo las calles y charlando. Sus vecinos de butaca estaban aterrorizados y asqueados ya a aquellas alturas y tuvo que retenerlos, haciendo uso de la fuerza, para que siguieran viendo el espectáculo. Los entreactos protagonizados por las criaturas de Zarnovich, mezclas fabricadas de distintos tipos de animales, formando horribles aberraciones que, sin embargo, resultaban maravillosas a la vista para un observador refinado,

sirvieron a La Bestia para abrirle el apetito y en poco tiempo, sus acompañantes ya no se resistían ni, seguramente, eran conscientes de lo que tenían a su alrededor.

El maestro de ceremonias tzimisce, volvió a aparecer en el escenario para disculparse por no poder ofrecer el número humorístico del enano deforme, ya que, este último, se encontraba indispuerto. Pero ofreció a cambio, el número especial de trapeecistas sin red, en el que unos Bratovitch, entrenados desde niños en esta materia, se dedicaban a lanzarse algunos mortales de un trapecio a otro, a gran altura, hasta que estos se resbalaban y caían, por algún fallo de cálculo o, como pasó en la mayoría de ocasiones, terminaban dejándolos caer a posta, simulando el fallo teatralmente.

Prevía presentación realmente sentida y agradecida de Zarnovich. Dejaron para el final la actuación de su chiquilla. L'Heureux, realizó un ejercicio espectacular de contorsionismo y transfiguración del cuerpo que podía desencajar la mirada del más inhumano de los sabbats que La Bestia conociera. Terminó el espectáculo, haciendo algo que casi ningún vampiro en el mundo se atrevería a hacer: jugar con fuego. Su increíble habilidad, le permitía tragarlo y expulsarlo a modo de lanzallamas y sus juegos malabares finales, con antorchas, dejaron asustado incluso al tzimisce, algo que hacía muchos años que no experimentaba.

La Bestia, por unas horas, se sintió más en casa que nunca, en cuerpo y en alma. Aunque los vínculos generados por las Vaulderies con su manada ya estaban haciéndole echarles de menos, y sabía que pronto se vería impelido a volver con ellos, aquella experiencia, le había cambiado el ánimo de raíz. No recordaba haberse sentido tan plenamente satisfecho y encantado, desde las primeras noches de la formación de Silver Rockets o su lejano pasado en Europa.